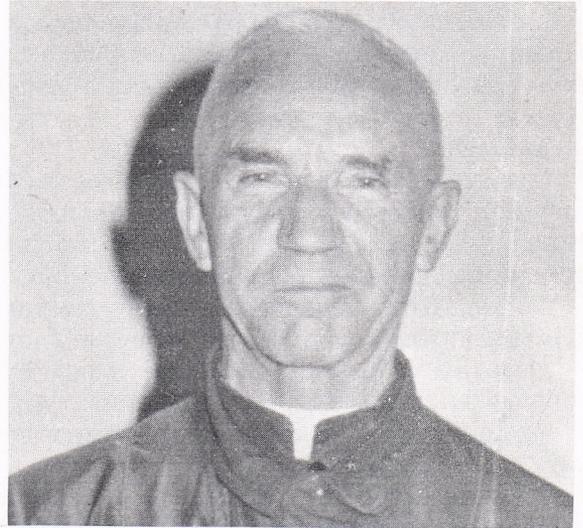


**INSPECTORIA BOLIVIANA
NUESTRA SEÑORA DE COPACABANA
COLEGIO DON BOSCO
SUCRE**



Queridos Hermanos:

El día 29 de junio, día en que la Iglesia conmemora la Festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, a la 1,30 de la madrugada, nos dejaba el

PADRE VÍCTOR MURA LACONI

a la edad de 80 años.

Tras una ancianidad serena, el cuerpo no resistía a los achaques de la vejez y tuvo que hospitalizarse el 31 de julio de 1987 para ser mejor atendido.

Acompañado amorosamente por los hermanos, sobre todo el p. Luis Baraut, aceptó la purificación lenta y dolorosa que lo llevó preparado para el cielo, merecido primeramente con el trabajo intenso en las casas salesianas y luego con el sufrimiento aceptado con amor.

Ahora se une a los Santos Apóstoles de los cuales era devoto y que lo invitaron a subir al cielo en su Festividad. El mismo Padre Víctor nos contaba con lujo de detalles cómo "San Pedro" lo salvó milagrosamente, después de un serio accidente que tuvo trabajando en el Templo del Colegio. Hay casualidades inexplicables humanamente, pero la fe inquebrantable y algo atrevida de nuestro querido Padre Mura encontró en el milagro una explicación oportuna y satisfactoria.

La desaparición del padre Víctor Mura es una gran pérdida en la Inspectoría Boliviana, pues él forma parte del grupo de "ancianos" que son su "corona": constituyen la fidelidad viviente a Don Bosco, a su carisma, a su espíritu, y son el ejemplo para las nuevas generaciones.

Mirando al Padre Víctor Mura, todos, hasta los más jóvenes, se quedan profundamente admirados por las virtudes excepcionales, que bajo un aspecto sencillo, se escondían en este Salesiano.

La vida del padre Víctor Mura se desliza como el correr de un río, cuyas aguas cristalinas corren serenamente en su cauce hasta encontrar el gran mar para sumergirse y perderse en él. Así la vida de nuestro querido Padre Víctor encontró en la vida salesiana su lugar "normal" donde poder desarrollarse, corriendo siempre hacia la meta. Fue un dejarse atraer por Dios, hasta llegar a la Patria, preparado al encuentro definitivo y total con el Padre.

Los últimos años de su vida fueron marcados por el continuo recuerdo del CIELO. Hablaba de este tema a menudo, con todos, en toda ocasión. Lo tenía tan adentro que no podía menos de expresarlo.

El cielo para él era la Trinidad, la Virgen y el Paraíso Salesiano: "Allá me encontraré con Don Bosco, con Domingo Savio, con nuestros Santos Salesianos ...los podré ver así como son" y luego empezaba a recordar a los antiguos salesianos, sus nombres, detalles de su vida, aventuras amenas, santidad.

Enamorado de su vocación, tenía una verdadera conmiseración por aquellos salesianos que, empezada la vida religiosa, habían dejado la Congregación. El no podía explicarse tal solución y desenlace de una crisis o dificultad. No cabía en su mente que una persona podía dejar una vida tan bella, tan santa, tan celestial, como era la vida religiosa y salesiana.

La Vocación

Nace el 30 de marzo de 1908 en Ussassai (Núoro-Cerdeña-Italia) de una pobre familia de campesinos, ricos de fe y amor para su tierra, valores que quedarán profundamente enraizados en su corazón. Este hogar profundamente cristiano lo llevará al Sacramento del Bautismo y de la Confirmación, asegurándole luego una buena educación cristiana.

La tragedia y el dolor visitan pronto su vida: a la gran pobreza de la familia se añade la muerte de la mamá, cuando Víctor tiene tan sólo pocas semanas y un hermanito algo mayor que él. De un nuevo matrimonio del papá nacen dos hermanitas; sin embargo el recrudecer de la conocida epidemia "española" deja otra vez el hogar sin madre. Es así que el pequeño Víctor conoce pronto la necesidad del trabajo: primero el cuidado de las dos hermanitas, luego la tarea de pastorcito.

El párroco del pueblo, que conoce y estima su piedad sencilla y firme y su viva inteligencia, lo recibe de sacristán y, después de un cierto tiempo, lo envía como aspirante-ayudante a la casa Salesiana de Lanusei.

En este momento empieza a manifestarse un rasgo característico suyo: un temperamento inmediato e impaciente, fácil a decisiones radicales e improvisas. Un hecho de poca importancia lo inquieta profundamente y él, sin decir nada a nadie, escapa a su pueblo. Al poco tiempo se emplea en Cagliari como mozo en un café y allí lo vuelve a encontrar su párroco, un gran cooperador y bienhechor nuestro, que encaminó innumerables jóvenes a la vida salesiana. Alentado por el buen sacerdote, Víctor va al Aspirantado de Penango, donde cursa el Gimnasio antes de entrar al Noviciado de Villa Moglia en 1930.

En todo el mundo salesiano se vivía un gran entusiasmo por las misiones. Hablar de entrega total de vida, de ofrecimiento "para siempre" fue un estribillo que penetró en el alma del joven profeso. En su corazón maduró la idea de entregarse sin reservas a este ideal que sabía a heroísmo, y que él veía como un camino seguro para su vida futura.

Presentó al Padre Ricaldone su petición de ir a misiones, que fue aceptada mientras él, después de dos años de formación en Foglizzo, estaba empezando su tirocinio en Bagnolo Piemonte.

La visita de despedida a su familia fue brevísima. En seguida salió para el Perú donde lo atendía un breve período de formación en Magdalena del Mar y luego el Tirocinio en la casa de Arequipa.

Siempre se distinguió por su exactitud y exigencia. Diríamos que tenía el sentido del deber bien cumplido. Lo exigía a sí mismo y lo exigía a los demás.

Siguió su trabajo de asistente en Lima, mientras cursaba los dos primeros años de Teología. Tomó con empeño el estudio serio y apasionado de la Teología que dio buenos resultados y concluyó en el Teologado de "La Cisterna" (Santiago - Chile), culminándolos con la Ordenación Sacerdotal recibida en Santiago el año 1939 de manos de Mons. Lughì.

En estos años de formación tienen sus raíces los rasgos más bellos y edificantes de la personalidad salesiana y sacerdotal del P. Mura.

Un amor grande a la Biblia y a los Santos

Esto resaltaba claramente en sus predicaciones. Para él la Escritura era la base de toda verdad. La palabra de Dios era el comienzo y el término de todo razonamiento. Fundamentaba sus discursos y sermones con frases de la Sagrada Escritura bien escogidas y sabiamente interpretadas. Hasta los últimos años de su vida tenía constantemente en las manos la Sagrada Biblia, que seguía subrayando y anotando. La conocía tan profundamente que hasta le gustaba

apostar sobre frases y hechos contenidos en ella. Y ganaba con una sonrisa divertida y triunfante.

Una memoria excepcional unida a un gran interés y amor por los Santos le permitieron un conocimiento vasto y ameno de la agiografía.

Sin consultar libro alguno, sabía dar con pocas palabras un retrato histórico y espiritual esencial del santo del día.

Fiel a las enseñanzas de Don Bosco, enriquecía sus sermones y sobre todo las recordadas "Buenas Tardes" con numerosos e interesantes ejemplos de la vida de los Santos.

Devoción sincera a la Virgen María.

Podemos decir que esta devoción lo acompañó en todo momento de su vida. En los años de estudio profundizó la doctrina mariana, para luego en la actividad pastoral transmitir a jóvenes y feligreses el amor a María.

Su devoción mariana a menudo salía de los esquemas de una oración estructurada, que trocaba en un diálogo tierno, filial y hasta pícaro con la "mamita" del cielo, como la llamaba él. Más de una vez, y sin vergüenza, dialogaba con Ella en voz alta, suscitando algunas veces nuestra sonrisa y muchas otras nuestra conmoción.

Los últimos años lo vieron refugiarse en el Santo Rosario, que recitaba en las horas de soledad y lo hacía sentir indispensable en la vida de la Comunidad y del Colegio con sus oraciones por La Inspectoría, las vocaciones, los hermanos de la casa y los jóvenes.

Pasó largo tiempo rezando en el Templo del Colegio de Sucre, frente al gran cuadro de la Auxiliadora, copia exacta del de Turín, tan conocido y amado por todos los Salesianos. Y, al contemplarlo, se agudizaba en él el gran deseo que tenía de llegar a ver a la Virgen en el Cielo. Hablaba de eso en sus conversaciones familiares con inocente sencillez.

Trabajador incansable

Recibida la ordenación sacerdotal, el Padre Víctor fue enviado a trabajar en la ciudad de La Paz, como asistente y maestro de los internos de las escuelas profesionales. Un año más tarde suplió al Prefecto, quedándose encargado de la economía por cuatro años consecutivos, siguiendo luego en la misma casa, hasta 1956, como Director de Estudios.

Todo el mundo lo recuerda por su austeridad, seriedad y estrictez con los alumnos de los cuales exigía disciplina y estudio.

Se destaca en él el amor al trabajo. No cabe la menor duda de que todos los que han tenido algún contacto con él, lo conocieron como un gran trabajador.

Dictaba clase con seguridad, fruto de una preparación cuidadosa a la que dedicaba los momentos libres y las vacaciones, poniendo al día esquemas, apuntes y encontrando siempre caminos nuevos para hacerse interesante y asequible a la mentalidad de los alumnos.

Nunca descuidaba el trabajo material. Dispuesto a todo, se prestaba para la limpieza, arreglos de mecánica o carpintería, para la manutención de la casa a la que destinaba gran parte del tiempo de vacaciones, sin avergonzarse de trabajos duros o humildes.

Su pobreza franciscana

Al trabajo intenso añadía la pobreza austera en la cual siempre vivió. No sólo cuidaba con esmero y gran responsabilidad las cosas de la casa, sino que, en su vida quería ser radicalmente pobre; desde las pequeñas cosas de uso personal, al ajuar tan sencillo, reducido y en tan mal estado, que no podía servir ni para los pobres. Cuidaba personalmente el aseo y el arreglo de su ropa, con resultados no muy elegantes, pero suficientes para que inocentemente se enorgulleciese de su trabajo.

Su austeridad se transparentaba también en el clima espartano con que llevaba su vida: todos los días se levantaba antes de las 4:00 de la mañana, para atender a su aseo, su oración personal y luego dedicarse a varios trabajos antes de la oración comunitaria, a la que nunca

faltaba.

Un aspecto hasta heroico de su pobreza fue también el desprendimiento de la familia: una vez llegado a América, nunca más volvió a Italia ni para visitar a los familiares más íntimos. El hablaba de esto como quien quemó las naves sin mucho sacrificio y nostalgia: pero, tal vez, en el secreto de su corazón, habrá sufrido ofreciendo al Señor el regalo total de sus sentimientos de amor.

Salesiano Sacerdote

El lugar donde estuvo el mayor tiempo de su vida fue la Casa de Sucre. Excepto un año en que estuvo ejerciendo el ministerio sacerdotal y perfeccionando "su inglés" en una parroquia nuestra de Estados Unidos, trabajó en Sucre desde el 1957 al 1988.

En esta casa ocupó los cargos de Director de Estudios, luego de Profesor y Confesor, desarrollando así su personalidad de Salesiano Sacerdote.

Amante de los jóvenes y severo con ellos, supo granjearse la simpatía de cuantos lo tuvieron como maestro de diversas materias. Versátil, se podía amoldar fácilmente a las enseñanzas más variadas: en todas dejaba su sello personal, lleno de simpatía, de sentido del humor y del deseo de formar hombres capaces y buenos cristianos.

Las generaciones de exalumnos recuerdan sus expresiones características llenas de sabiduría y, a veces, de picardía. Las exigencias de la disciplina se mezclaban en él como la bondad de corazón, con la cordialidad del hombre que sabe exigir y comprender.

Amaba su ministerio sacerdotal y se sentía atraído hacia él, dedicándose, a cuerpo entero, a la administración de los Sacramentos, preocupado de que a nadie pudiese venir a faltar la gracia del Señor. Cuando se trataba de una Misa extra o de una predicación nunca decía que no.

Incontables, además, las horas de confesionario. Era el momento en que se sentía más sacerdote y lo vivía como algo sagrado que debía a los jóvenes, a la gente y a los hermanos, como el servicio más precioso e indispensable que podía ofrecer en la misión pastoral de la Comunidad.

Queridos hermanos, cuando nos despedimos del Padre Mura, entregándolo al Señor, unas lágrimas de cariño y conmoción humedecieron nuestros ojos. Pero en el corazón de todos nosotros siempre estuvo viva la convicción de que él está ahora gozando de ese Paraíso Salesiano del cual tanto habló y que tanto extrañó. Sabemos que tenemos en el Cielo un protector, que delante de la Virgen y Don Bosco estará intercediendo por sus hermanos, por esta Comunidad, por las vocaciones salesianas y bolivianas.

A todos Ustedes les pido un recuerdo en sus fraternales oraciones, por el Padre Víctor Mura, para que pueda gozar eternamente de aquel Dios que ha sido el fin de su vida y por esta Comunidad, para que ame a Don Bosco y a los jóvenes con un corazón indiviso, según el ejemplo recibido de los grandes Salesianos que nos han precedido.

Padre Jorge Gramaglia M.

Sucre, 4 de noviembre de 1988

Datos Biográficos: Vittorio Mura Laconi

Nacido el 30 de marzo de 1908

Salesiano el 30 - 12 - 1930

Sacerdote el 26 - 11 - 1939

Fallecido el 29 - 6 - 1988

a 80 años de edad, 57 de profesión, y 49 de sacerdocio.